

Los cocales pararon a lo lejos sus plumas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra. Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la *prima* lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron . . . Uno de ellos se echó llorando en la *manga*. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo *barrioso*, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.

El viento

La palazón se bañaba alegre y desnuda en el viento. El sol era mareño en la mañana azul. La basura iba y venía arrastrada por la mecida del aire. Hojas que rodaban como caracoles, polvo como espuma sucia en aquella marea.

Los charcos enmedio del camino barrioso y barrido, se secaban, se secaban dejando prieta la tierra y blandita como para meter el pie. Un *ruidal* de ramadas llenaba la costa entera, *dende* aquí *quera* verdeante hasta allá *lejos—lejos quera azul*.

También la yeguas sintieron *dentrar* el viento en su alegrón y se echaron a correr por el llano. A la par de las yeguas de viento, iban las yeguas de sangre, atropellándose unas con otras, soplando las narices valientes, la crín al cielo y el casco al suelo: ¡patacán, patacán, patacán! . . . Dejaban *jumazón* en la *fueya* como si quemaran su *libertá*. Paraban su *desboco*, cuando ya no sentían el suelo, por miedo al vuelo desconocido. El heroísmo es un exceso de vida que puede a veces producir la muerte.

A ratos el *norte* ponía mujeres de polvo bailando vertiginosas por las veredas; bailando en puntas y cogiendo al paso mantos de nube para enrollarse girámbulas.

Venía el *chuchito* perdido, arrastrando una larga pita por el camino. Era negro, lagartijo, encogido y despavorido. Echaba las orejas para atrás, la cola entre las patas, un viejo amarillo de espanto le rodeaba los ojos polvosos. En aquella anchísima soledad, ensordecida por el viento, era como un dolor extraviado. La fuerza del oleaje le hacía tambalearse. Se paraba y ponía vanos empeños por amarrar el cabo del olfato. Volvía tímido la cabeza para mirar cuán solo estaba. Entonces su grito lastimero hacía un rasguño en el viento. Volvía atrás con igual premura, mirando al andar hacia el cielo, como si nadara. La pita suelta lo seguía dócil, marcando un surco en el polvo por un instante. Era como un amor náufrago. Buscaba al amo perdido en el ventarrón. A lo lejos, como un

punto negro en la explanada, iba nadando hacia lo incierto. Aquella cosa tan mísera bajo el furor del cielo, era un dolor grandioso.

Entre madejas de polvo y cáscaras doradas, apoyado al *tanteo* en el palo y al *tanteo* la mano en el cielo, el viejo ciego topó a una alambrada y llamó ya sin esperanza:

—¡*Mirto, Mirto!* . . .

La botija

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—¡Hijo, abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere, máma?

—¡Qué necesario que tíoficiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén! . . .

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró *Ulogio* Isho con un *cuentere-te*. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!—llegó diciendo. Se carcajeaba;—meramente el *tuerto Cande!* . . .

Y lo dejó, para que jugaran los *zipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obra denántes, de los agüelos no nosotros. En las aradas se encuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una *escupida* grande como un *caite*, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vos vas arando y ¡ploh!, derrepente pegás en la *huaca*, y ya estuvo; tiahacés de plata.

—¡¡¡Achís, en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió el puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. Enseguiditas contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales, “él bía presenciado con esos ojos”. Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió “majonchos” robados, y se decidió a buscar botijas. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar—por lo menos sin darse cuenta—y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la manquera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbullos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. “Pa que nacieran pe-rezas”; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba, él buscaba las botijas llenas de bombas doradas, que hacen “¡plocosh!” cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el Sol comienza a *ispirar* detrás de lo del *ductor Martínez*, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición, más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros; donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *guás* ronco y lúgubre, pa-



LA SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Fco. GOMEZ Z.

Avisa a su clientela que se trasladó al local frente al **Siglo Nuevo**, contiguo a la Iglesia del Carmen.

Gran surtido de los mejores casimires ingleses.

Teléfono 3238.